

A Resurrección pasada

Siempre estará vivo en esta tierra ex nacional-catolicista el debate sobre la dimensión pública de la fe. Y lo estará porque no han faltado razones para que las instituciones de la Administración Pública del Estado hayan tenido, poco menos, que vacunarse contra la injerencia de los intereses, sobre todo, de la jerarquía eclesiástica “en las cosas de palacio”. Siendo este el caldo de cultivo que nos ha criado, el resultado es que se ha crecido (me refiero a una buena parte de la población) sin razonar el hecho (es decir, sin estudiarlo ni reflexionarlo), de modo que se ha consolidado a un buen “meapilas” o un ateo sin criterio, según corresponda, respectivamente el caso, a un creyente o a un no creyente. Y es que claro, cuando se escucha lo de “la dimensión pública de la fe”, a los primeros les falta tiempo para engalanar hasta lo que no hace falta, mientras que a los segundos, para lo que no les falta es para mostrar ese estúpido orgullo de la ignorancia que sólo sabe esconderse tras el discurso acrítico, y muy moderno, de quien cree que “no saldremos de los tiempos de Torquemada”. Uno, que es muy celoso de su intimidad –como debería serlo incluso la Esteban-, no está sin embargo convencido de lo que sería identificar la calle con lo público y la casa (particular) con lo privado. ¿Por qué sí ha de celebrarse la Feria de agosto en Almería y no la Semana Santa almeriense? “A este lado del río, hay territorio para ambos, forastero”, podríamos decir parafraseando ese estilo que nos dejó por aquí el espagueti western. Y es que lo que más me desalma es el gusto por la ignorancia que demuestran los satisfechos de sí mismos, estilistas del posmodernismo.

Hay frases hechas que son desafortunadas del todo. Y esta de que “la religiosidad es un hecho que ha de vivirse en privado”, es una de ellas. Pareciera que eso de ser un ser religioso tiene poco que ver con la exclusividad del ser humano. Ahí es donde me encanta recordar a Chesterton cuando afirmaba que es en el momento en el que el ser humano tiene conciencia de trascendencia cuando se puede hablar, como tal, de ser humano. Es decir, que la trascendencia “está en el ADN” de nuestra manada... otra cosa es que los peces se sigan preguntando uno a otro por el océano cada vez que dos a dos se cruzan entre ellos... Es muy cómodo ser estilista, sobre todo si alguien te acerca tus necesidades perentorias, “pa que ná te falte”.

Fecha: 15/04/2015

Enrique de Amo Artero
Profesor Titular de Análisis Matemático de la UAL